

calibrite

colorchecker CLASSIC



FA-599(8)

CREDO

ó

REFUGIO DEL CRISTIANO

EN LOS ACTUALES TIEMPOS

POR

MONS. GAUME

PROTONOTARIO APOSTÓLICO

Traducido del francés por E. M.

Domine, salva nos, perimus.
Señor, sálvanos, que perece-
mos. (*Matth.*, VIII, 25).

LIBRO SEGUNDO

CON LICENCIA ECLESIASTICA



BARCELONA.—1896

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5

R. 25338

FA-599(8)

CREDO
ó
REFUGIO DEL CRISTIANO

EN LOS ACTUALES TIEMPOS

POR

MONS. GAUME

PROTONOTARIO APOSTÓLICO

Traducido del francés por E. M.

Domine, salva nos, perimus.
Señor, sálvanos, que perece-
mos. (*Matth.*, VIII, 25).

LIBRO SEGUNDO

CON LICENCIA ECLESIAÍSTICA



BARCELONA.—1896

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5



R. 25338

MCD 2022 L5

1870

Miss G. S. S. S.



CREDO, O REFUGIO DEL CRISTIANO

CAPITULO XVI

Grandeza del éxito

I

CUÁL será el resultado de esta empresa? Esta pregunta está contestada por sí misma. ¿Qué resultado pueden prometerse estos hombres, que teniendo que vencer todas las oposiciones, no emplean para lograrlo sino obstáculos?

II

De una parte están dos religiones, dueñas del mundo, el Judaísmo y el Paganismo. La una verdadera, aunque transitoria, cuenta con la adhesión enérgica de los que la profesan, esparcidos por todas las regiones de la tierra.

La otra es falsa; pero es una religión fastuosa y agradable, que se cree establecida por los dioses, que se tiene por tan antigua como el mundo, á la que se mira como la base de la prosperidad pública.

De otra parte está una religión severa, sencilla, nueva, enemiga de las costumbres nacionales y del orden establecido.

De una parte, los sabios, los filósofos, los hombres de talento, los magistrados, los emperadores, el ejército, el universo entero; de la otra, algunos ignorantes, sin defensa, sin apoyo, sin recursos. De una parte, la autoridad, la crueldad, el furor; de la otra, la debilidad, la paciencia, la

muerte. De una parte, los verdugos; de otra, las víctimas (1).

III

¿De quién será la victoria?

Del mundo, dice la razón.

De los doce pescadores contesta la historia.

Sí: la historia profana, escrita por los mismos judíos y paganos, testigos oculares de los acontecimientos y enemigos mortales de los cristianos. Esta historia nos dice que el resultado obtenido por los pescadores galileos, fué rápido, formal, efectivo y durable.

CAPÍTULO XVII

Éxito rápido

I

El día mismo en que estos extraños predicadores aparecen en público, tres mil judíos caen á sus pies y abrazan su doctrina. Al día siguiente, les imitan otros cinco mil. Con la rapidez del rayo que surca la nube, con la actividad del fuego que consume un cañaverl seco, el Cristianismo ganó la Samaria, la Siria, la Asia Menor: Smirna, Efeso, Corinto y Atenas le abren sus puertas. La Arabia, la India, la Persia, la Armenia, la Etiopía, la Libia y el Egipto le dieron innumerables discípulos.

II

Del Oriente pasa al Occidente, y en pocos años, Roma, corte de Nerón y ciudadela de la idolatría, se encuentra poblada de una multitud inmensa de cristianos, *multitudo ingens*. Las Galias, las Españas, la Gran Bretaña, la Germania los cuentan por millares.

(1) Bullet: *Discurso sobre el establecimiento del Cristianismo*.



El día mismo en que estos extraños predicadores aparecen en público...

III

Así lo había anunciado Jesús de Nazareth: Mi doctrina, decía un día á sus Discípulos, dará vuelta al mundo antes de la ruína de Jerusalén, es decir, en menos de treinta años (1).

Los acontecimientos se adelantan á la profecía. A los diez años, tiene el Crucificado adoradores en todas las partes del universo (2). Cuarenta años más tarde, según el testimonio de los mismos perseguidores, el Cristianismo pulula en todas las provincias del Imperio (3).

IV

Bien pronto un apologista del Cristianismo, Tertuliano, dirá, sin temor de ser desmentido, ante los magistrados romanos: «Somos de ayer, y todo lo llenamos, vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras fortalezas, vuestras colonias, vuestras aldeas, vuestras asambleas, vuestros campos, vuestras tribus, vuestras decurias, el palacio del Emperador, el Senado, el Foro: solamente os dejamos los templos...

«Podríamos, sin rebelarnos abiertamente, hacer experimentar una ignominiosa derrota; bastaría para ello que nos separásemos de vosotros. Si esta inmensa multitud llegara á abandonaros, para establecerse en cualquiera región lejana, la pérdida de tantos ciudadanos de todas las condiciones desacreditaría vuestro gobierno y os habría suficientemente castigado. Espantados de vuestra soledad, de la paralización de los negocios y del estupor del mundo entero, heridos de muerte, tendríais de buscar á quien man-

(1) San Mateo, xxiv, 4.

(2) Carta de San Pablo á los Romanos.

(3) Véanse los edictos de persecución, y la carta de Plinio á Trajano.

dar, pues os quedarían más enemigos que ciudadanos (1).»

V

Así que, mientras Roma siempre armada, tuvo necesidad de setecientos años de victorias para formar su imperio, el Cristianismo desarmado reina desde su origen sobre todas las naciones, y la cruz de Jesucristo es enarbolada en lugares en que jamás apareció el águila de los Césares. En menos de tres siglos desde su salida del Cenáculo, la nueva Religión ha subyugado á la misma Roma; y tranquilamente sentada sobre el trono imperial, empuña el cetro del mundo.

CAPÍTULO XVIII

Éxito formal

I

Este apresuramiento por abrazar el Cristianismo no es una especulación que pueda enriquecer, ni un asunto de moda que halague la vanidad, ni un entusiasmo momentáneo más propio de una ligereza que de la reflexión, ni una determinación indiferente que á nada obliga.

II

Hacerse cristiano es consentir en la confiscación de sus bienes y en la pobreza; condenarse á los insultos, á los desprecios, al odio de los hombres, al furor del pueblo, á la cólera de los Emperadores, al destierro, á la persecución; en una palabra, es firmar su sentencia de muerte. ¡Y qué muerte, gran Dios! Una muerte en medio de las más horrosas torturas, una muerte en medio de los aplausos de todos los espectadores.

(1) Apolog. c. XL.

III

Pues bien, esta sentencia de muerte está firmada, no por algunos fanáticos que mueren por sostener una opinión, sino por testigos que afirman hechos sensibles vistos con sus ojos y tocados con sus manos. Está firmada, no en un rincón del mundo, no durante algunos meses ó algunos años. Está firmada, y hasta solicitada con ardor y aceptada con acciones de gracias, por multitudes innumerables de hombres, de mujeres, de niños, de doncellas, de viejos, de senadores, de cónsules, de generales, de sabios, de filósofos, de ricos y de pobres, en todas las regiones que alumbra el sol: ¡y esto durante tres siglos!

IV

En vano se multiplican los edictos de proscripción y caen sobre los cristianos como el granizo en un día de tempestad; en vano legiones de procónsules, llevando consigo manadas de verdugos y el formidable atavío de todos los géneros de suplicios, recorren las provincias para causar espanto; en vano se levantan cadalsos en todas partes; en vano se encienden hogueras en todos los puntos del imperio; en vano las bestias feroces que pueblan los bosques de la Germania ó que se ocultan en los desiertos de Africa, son traídas á millares á los anfiteatros y á los circos para devorar cristianos; el fuego de la persecucion sólo sirve para aumentar el ardor del martirio.

V

Desde lo alto de su trono mandan los señores del mundo adorar sus dioses, y se les desprecia. Desde lo alto de su Cruz, manda Jesús venir á El, y á El se corre á través de los calabozos y las



... el fuego de la persecución sólo sirve para aumentar el ardor del martirio.

hogueras. Todo el Olimpo se estremece sobre sus altares. Los magistrados palidecen bajo sus insignias. Se cansan los verdugos; el hacha embotada se les escapa de las manos, y hechos también cristianos, mezclan su sangre con la de sus víctimas.

Si leéis las actas de este gigantesco combate, encontraréis, según los cálculos más concienzudos, *once millones* de mártires durante los tres primeros siglos. De este número, Roma solo cuenta más de dos millones.

CAPÍTULO XIX

Éxito positivo

I

El Cristianismo no obra solamente sobre la superficie; penetra en las profundidades de la humanidad. Bajo su acción, los corazones más débiles se fortifican, los vicios más arraigados hacen lugar á sólidas virtudes. La humanidad vence al orgullo; la dulzura y el perdón de las injurias á la ira y á la crueldad: y donde Augusto no podía hallar siete Vestales, hace germinar un pueblo de vírgenes.

II

Las ideas experimentan un cambio análogo. A los groseros errores, á las incertidumbres eternas sobre Dios y sobre la Providencia; sobre el hombre, su naturaleza y sus destinos; sobre el mundo, su origen y el fin de su existencia, suceden conocimientos tan precisos y completos, que son hoy todavía causa de la superioridad de las naciones cristianas sobre el mundo pagano. Prolongando su saludable influencia, la nueva Religión modifica todas las leyes del género hu-

mano en el orden religioso, en el civil y en el doméstico.

III

En el orden religioso. Las innumerables divinidades que bebían la sangre de los hombres y se honraban con sus crímenes, son derribadas de sus altares del uno al otro polo: la unidad de Dios brilla sobre el mundo como el sol naciente sobre la naturaleza. Con su pura y viva luz, este dogma alumbrá, embellece y vivifica la humanidad.

IV

En el orden político. Gracias á la doctrina de Jesús de Nazareth, los pueblos cesan de ver otros tantos enemigos en los extranjeros. La máxima salvaje: desgraciados de los vencidos, *væ victis*, es borrada de las enseñas militares y olvidada por los vencedores. La ley de la caridad, que hace todos los hombres miembros de una misma familia, sucede á la ley del odio, antigua base de las sociedades paganas.

V

En el orden civil. La esclavitud fué abolida de derecho por la promulgación del Cristianismo, y de hecho tan pronto como lo permitieron las circunstancias. Entre tanto, el esclavo dejó de ser considerado como una *cosa*, de la que era lícito usar y abusar; como un ser de naturaleza inferior al que se puede ultrajar sin piedad, al que se crucifica por haber dejado escapar un pájaro de la jaula, y se le entrega á las murenas por haber roto un plato.

Ninguno hay, ni aun el pobre, objeto hasta entonces del odio y desprecio universal, que no llegue á ser un ser querido, un ser sagrado, para el cual se levantan palacios, y á quien da el rico su oro para alimentarle, sus hijos para

protegerle, sus hijas para cuidarle, él mismo, en fin, para servirle.

VI

En el orden doméstico. Restablecido á su dignidad primitiva, ¿qué digo? á una dignidad más alta, el matrimonio es santificado en el acto que le constituye, como en todos los deberes que impone. Los dos cánceres de las sociedades paganas, la poligamia y el divorcio, autorizados por todas las legislaciones antiguas, constituyen un doble crimen. Reconstruída sobre la base de la unidad y de la indisolubilidad, la familia recobra su vigor y su nobleza. El padre cesa de ser un déspota, la mujer una esclava, el niño una víctima.

CAPÍTULO XX

Éxito permanente

I

Al dirigir vuestra mirada sobre el mundo, ¿qué es lo que veis? Ruínas y más ruínas: ruínas materiales y ruínas morales. Por todas partes se manifiesta lo que es el hombre en la fragilidad de sus obras. Cayó Babilonia, cayó Nínive, cayó Memphis. Cartago, Tebas, Esparta no existen ya. De Atenas y Corinto solamente quedan ruínas. La misma Roma, reina suprema de las naciones, á la que habían prometido los dioses la eternidad; Roma, que se persuadía de haber anonadado hasta el nombre cristiano, duerme sepultada con sus dioses y Césares, bajo las mutiladas ruínas de sus palacios y de sus templos.

II

¿Qué son ya las instituciones de los más célebres pueblos, los sistemas de los más renombrados filósofos, los códigos de los más sabios legis-

ladores? ¿Dónde están las inteligencias que se alimentan y las sociedades que viven de ellos? Desconocidos del vulgo, sin autoridad, sin aplicación, simple objeto de curiosidad para el erudito, figuran estas obras maestras del genio entre los conocimientos humanos, casi casi como las momias egipcias en un museo de antigüedades.

Todo ha cambiado, todo ha desaparecido, todo ha muerto. Instituciones, sistemas, leyes, imperios, se han hundido veinte veces al cabo de dieciocho siglos, para hacer lugar á otras instituciones, á otros sistemas, á otras leyes, á otros imperios que han sido á la vez derribados por creaciones no menos frágiles.

III

¿Sucederá lo mismo con el edificio levantado por los pescadores galileos? Dieciocho siglos de duración os responden: su obra está exenta de la caducidad de cosas humanas. La revolución que obraron no es un cambio pasajero que un siglo vió realizar y el siguiente ve desaparecer. A diferencia de todos los demás acontecimientos consignados en la historia, la conversión del mundo al Cristianismo es un hecho siempre subsistente. Fuera de él, todo es variedad, fragilidad, ruína.

IV

La sociedad fundada por el Judío Crucificado, única inmutable, no ha perdido ni uno solo de sus dogmas, ni una sola de sus leyes. El mundo civilizado vive todavía con sus doctrinas. Tan joven como al salir de la cuna, tan vigorosa como en los días de su adolescencia, desafía igualmente la barbarie de los pueblos, el despotismo de los reyes, las tempestades de las pasiones agitadas, el hacha de los verdugos, los sofismas de la impiedad, los escándalos de sus propios hijos, y

permanece de pie entre los esparcidos restos de todas las creaciones humanas.

¿Conocéis un acontecimiento que pueda explicarse menos por las enseñanzas de la historia ó por las hipótesis de las ciencias?

CAPÍTULO XXI

Una suposición

I

Acabamos de ver en toda su sencillez el hecho del establecimiento del Cristianismo referido á la vez por judíos, paganos y cristianos, todos testigos oculares. No le juzgamos, le hacemos constar. Únicamente, á fin de hacer resaltar lo que hay en él de más sorprendente, vamos á resumirle en la suposición siguiente.

II

Transportémonos con el pensamiento al instante en que el Cristianismo apareció sobre la tierra, y supongamos con San Juan Crisóstomo, que un filósofo pagano se encuentra con el Hijo de María al comenzar á predicar su doctrina. Jesús está solo, camina á pie, con un báculo en la mano, vestido como un obrero.

—¿Dónde vas? le pregunta el filósofo.

—Voy á predicar mi doctrina.

—¿Qué pretendes al predicar por las poblaciones de la Judea lo que llamas tu doctrina?

—Convertir al mundo.

—Hacer abandonar al mundo sus dioses, su religión, sus usos, sus costumbres, sus leyes para que adopte tus máximas: ¿serás, pues, más sabio que Sócrates, más elocuente que Platón, que no pudo jamás imponer sus leyes á una sola aldea del Atica?

—No me tengo por sabio.



... supongamos con San Juan Crisóstomo, que un filósofo pagano se encuentra con el Hijo de María...

III

—¿Quién eres, pues?

—Se me conoce por el hijo de un pobre carpintero de Nazareth.

—¿Por qué medios secretos has preparado el resultado de tu empresa?

—Hasta ahora he pasado mi vida en el taller de mi padre trabajando con él para ganar el pan de cada día. Hace algún tiempo que recorro el país. Algunos discípulos me siguen; á ellos confiaré el encargo de establecer mi doctrina entre las naciones.

IV

—¿Tus discípulos serán personas tan distinguidas por la nobleza de su linaje como por la superioridad de su talento?

—Mis discípulos son doce pescadores que no conocen más que sus barcas y sus redes: doce judíos, y ya sabéis lo que valen los judíos en la estimación de los demás pueblos.

—¿Entonces, contarás con la protección de algún poderoso monarca?

—Mis mayores enemigos serán los reyes y los grandes del mundo; todos se armarán para anadar mi doctrina.

—¿Poseerás inmensas riquezas, y haciendo brillar el oro ante los ojos de los pueblos, te será fácil crearte adoradores?

—No tengo ni aun donde reposar mi cabeza. Pobres por su nacimiento, mis discípulos lo serán todavía más por mis órdenes. Como yo, vivirán de limosnas y del trabajo de sus manos.

V

—¿Fundas acaso en tu misma doctrina la esperanza del resultado?

—Mi doctrina descansa sobre misterios, que tendrán los hombres por locuras. Quiero, por

ejemplo, que enseñen mis discípulos que yo he criado el cielo y la tierra; que soy Dios y hombre á la vez; que he muerto en una cruz entre dos ladrones, porque en este suplicio habré de concluir mi vida. Añadirán que tres días después he resucitado y que me han visto subir al cielo.

VI

—¿Si tu doctrina es increíble, al menos será muy cómoda tu moral; ella halagará, sin duda, todas las pasiones?

—Mi moral combate todas las pasiones, condena todos los vicios, manda todas las virtudes y castigá con suplicios eternos el solo pensamiento del mal.

—¿Prometerás magníficas recompensas á los que quieran abrazarla?

—En esta vida les prometo los desprecios, el odio del género humano, las prisiones, las hogueras, la muerte bajo todas sus formas; y después de ella, les hago esperar recompensas que la inteligencia humana no puede comprender.

VII

—¿En qué lugares y á qué hombres pretendes enseñar semejante filosofía? ¿Acaso en algún rincón obscuro de tu pobre país, y á algunos ignorantes como esos á quienes llamas tus discípulos?

—Mi doctrina será predicada en Jerusalén delante de la Sinagoga; en Atenas ante el Areópago; en Roma en el palacio de los Césares; en todas partes en presencia de los reyes y de los pueblos, en las ciudades y en las campiñas, hasta las extremidades del mundo.

—¿Y te haces la ilusión de conseguir tu objeto?

VIII

—Sin duda alguna: al poco tiempo seré reconocido en todas partes como el solo Dios del cielo

y de la tierra. El mundo va á cambiar de aspecto; caerán los ídolos y acudirán de todas partes los pueblos á abrazar mi doctrina. Los mismos reyes se arrodillarán ante el instrumento de mi suplicio, y lo colocarán sobre su corona como su mejor ornamento. Por doquiera tendré templos y altares, sacerdotes y adoradores. Acaso un día derramaréis vos mismo la sangre para atestiguar la divinidad de mi persona y la verdad de mi doctrina.

—¡Pobre idiota! tu sitio no es éste, está en una casa de locos. Vuélvete al menos para no salir de allí jamás, al taller de tu padre. Tu proyecto es el colmo de la extravagancia.

IX

El filósofo tiene razón. A los ojos del sentido común, es el colmo de la locura el intentar convertir al mundo con doce pescadores, en siglo de Augusto y á despecho de todas las fuerzas humanas. Sin embargo, ahí está la historia, la historia profana para atestiguarlo; este intento ha sido llevado á cabo; lo ha sido de la manera y por los medios que Jesús había predicho, lo ha sido rápidamente.

Sobre este hecho, siempre subsistente, se apoya el CREDO del cristiano.

X

Cuando Proudhon, Renan, Strauss, Kardec, con toda la cáfila de incrédulos, filósofos ó espiritistas, antiguos y modernos, hayan destruído este hecho, podrán jactarse de haber derrumbado la base de nuestra fe. Hasta tanto, nos reiremos de sus ataques de pigmeos, y les devolveremos, pues les pertenecen con pleno derecho, las calificaciones de ignorancia, incredulidad é imbecilidad que nos dan gratuitamente.

XI

Si el filósofo de que acabamos de hablar apareciera hoy día en la tierra, y viese, como nosotros, la Religión de Jesús de Nazareth todavía dominando el mundo civilizado, ¿dudaría del milagro de su establecimiento? ¿No exclamaría lleno de admiración: Todo esto es sobre las fuerzas humanas, todo esto es obra de Dios? *Incredibile ergo divinum.*

Sin embargo, antes de aceptar la explicación del filósofo, veamos si es posible encontrar otra. A fin de ayudarnos en este trabajo, comencemos por resumir los hechos que preceden.

CAPÍTULO XXII

Resumen y desenvolvimiento

I

Acabamos de referir el hecho del establecimiento del Cristianismo, como hubiéramos contado cualquier otro hecho, sin expresar ninguna opinión sobre la causa humana ó divina de la revolución más sorprendente que se haya visto jamás. Sea como parte integrante, sea como consecuencia inmediata, esta revolución envuelve los hechos siguientes que nadie puede negar sin cerrar los ojos á la luz, ó sin destruir toda certidumbre histórica.

II

PRIMER HECHO. Hace mil ochocientos años el mundo civilizado era pagano.

SEGUNDO HECHO. En la actualidad el mundo civilizado es cristiano.

TERCER HECHO. El tránsito del Paganismo al Cristianismo es obra de un hombre llamado Jesús de Nazareth, ayudado por doce pescadores.

CUARTO HECHO. Jesús Nazareno es un Judío crucificado.

QUINTO HECHO. Un Judío y un Judío crucificado, es todo lo que hay de más despreciable en la tierra.

SEXTO HECHO. Hace mil ochocientos años el mundo civilizado adora á este Judío crucificado. Lo ha hecho y lo hace libremente, sin ser compelido á ello por la fuerza, ni atraído por los halagos de los placeres ó de las riquezas.

III

SÉPTIMO HECHO. Por tener la dicha de adorar á este Judío crucificado, once millones de mártires de todas las condiciones y de todos los países, han aceptado alegremente la muerte durante trescientos años en medio de los más atroces suplicios. Millares de otros han seguido después su ejemplo, y le siguen en la actualidad siempre que la ocasión se presenta.

Por tener la misma dicha, hombres y mujeres de todas las edades, condiciones, países, en número incalculable, combaten diariamente y sin cesar sus más vivas inclinaciones, se entregan á las mas duras austeridades, abandonan su familia, dan á los pobres sus bienes, y consagran gratuitamente sus personas al servicio de las miserias más repugnantes.

IV

OCTAVO HECHO. Adorando al Judío crucificado, ha ganado el mundo extraordinariamente en luces, en virtudes, en libertad, en civilización.

Testigo el más pequeño niño cristiano, que sobre lo que únicamente importa saber al género humano, Dios, Providencia, el hombre, su naturaleza, sus deberes, su fin, sabe mucho más que los grandes filósofos del mundo antiguo, Sócrates, Platón, Aristóteles, Cicerón, Séneca.

Testigo la más ignorada aldea cristiana, en la que se encuentra más dignidad para el hombre, más libertad para la mujer, más seguridad para el niño, que la que se conocía en todo el mundo pagano.

Testigos todos los pueblos de Europa y América, que de bárbaros y salvajes que antes eran, han llegado á ser, adorando al Judío crucificado, los príncipes de la civilización.

Testigo el mapa mundi, que os muestra la luz, la civilización y la libertad en todos los países que adoran al Judío crucificado.

V

NOVENO HECHO. Todas las naciones que no adoran al Judío crucificado permanecen envueltas en las tinieblas de la barbarie, encadenadas en los lazos de la esclavitud, estacionarias en la marcha de la civilización.

Testigos los chinos, los judíos, los turcos, los arabes, los negros, los oceánicos; en una palabra, testigo el mundo todo.

VI

DÉCIMO HECHO. Ninguna nación ha salido ni sale de la barbarie *ilustrada* ó ignorante; ninguna rompe las cadenas de la esclavitud; ninguna camina en la senda del progreso, sino adorando al Judío crucificado, y á proporción del fervor con que le adora.

Testigos todas las naciones antiguas y modernas; testigo la historia universal.

VII

UNDÉCIMO HECHO. Toda nación que deja de adorar al Judío crucificado, comienza por perder sus costumbres, su paz, su prosperidad, y concluye por desaparecer ó recaer en las tinieblas de la barbarie, en las cadenas de la esclavitud, y por retroceder en el camino de la civiliza-

ción; y esto en razón directa de su abandono del Judío crucificado.

Testigos todas las naciones del Asia y del Africa, en las que la ignorancia compite con la degradación.

Testigos las naciones de la Europa moderna, donde todo es turbación, malestar, odio, confusión de ideas y sistemas, revoluciones y trastornos.

VIII

DUODÉCIMO HECHO. El Judío crucificado permanece sobre los altares del mundo civilizado hace dieciocho siglos, á pesar de los formidables ataques renovados sin cesar de los tiranos armados del hacha, de los impíos armados del sofisma, de los satíricos armados del sarcasmo, de los hombres perversos armados de todos los instintos brutales de la naturaleza corrompida.

Por una excepción única en los anales del mundo, el Cristianismo subsiste en medio de las continuas agitaciones y trastornos que han cambiado veinte veces la faz del mundo, que han arrastrado los imperios, las repúblicas, los mejores sistemas, las más firmes instituciones; en una palabra, se mantiene amado y adorado, á pesar de la inflexible ley de muerte que alcanza á todas las obras humanas, dejándolas solamente una existencia pasajera.

Tales son los hechos visibles, palpables, permanentes que resultan de este otro hecho.

EL MUNDO ADORA A UN JUDIO CRUCIFICADO.

CAPÍTULO XXIII

Doble explicación

I

¿Cómo se explican estos hechos increíbles?
Muy fácilmente, responde el cristiano.

La adoración durante dieciocho siglos de un Judío, y de un Judío crucificado, por todas las naciones civilizadas del globo, es un misterio cuya profundidad hace vacilar la cabeza del que la quiere medir: esto es indudable.

Los demás misterios del Cristianismo no son menos impenetrables á la razón: esto es también verdad.

Las leyes de la moral cristiana exceden evidentemente las fuerzas naturales del hombre: esto es cosa que todos sentimos.

II

Comprendo, sin embargo, muy bien la adoración de un Judío crucificado, la creencia de los impenetrables misterios del Cristianismo, la adopción de su severa moral por los mejores genios y por los pueblos más grandes del mundo.

Jesús de Nazareth es el Hijo de Dios, Dios mismo: he ahí el secreto.

III

Siendo omnipotente, ha triunfado por los medios más débiles de los mayores obstáculos. Fuente de luz y de virtudes, ha derramado sobre el mundo una parte de estos dones divinos, y el mundo ha creído y ha obrado. Creyendo y obrando, se ha elevado á la más alta perfección religiosa, política y social.

IV

Cuando el mundo no se acerca á este Dios, fuente de toda luz y principio de toda perfección, permanece en la degradación y en las tinieblas. Cuando se separa, recae en su primer estado de abyección y de miseria, como la tierra en las tinieblas de la noche, cuando se oculta el sol en el horizonte.

En una palabra: Es obra de Dios. Hay en ello milagro: esto lo explica todo.

Los milagros son cuentos de mujerzuelas, contestan los incrédulos. Jamás han existido si no es en la imaginación de un impostor, y en la creencia de los tontos.

La verdad es que el mundo se ha convertido sin milagros. Por consiguiente, Jesús de Nazareth no es Dios, ni hijo de Dios. Es solamente un Judío como cualquiera otro judío; un hombre como los demás, un filósofo como los demás filósofos, con algo más talento ó habilidad. Los Apóstoles eran doce pescadores, como los demás pescadores. Dios no estaba ni con El ni con ellos.

Resuelven, pues, de esta manera el problema: «Dado un Judío crucificado, con doce pescadores enviados por El á predicar su doctrina, el mundo ha debido necesariamente convertirse y adorar como al único Dios del cielo y de la tierra á este Judío crucificado. Hay una proporción evidente entre el efecto y la causa, entre los medios y el fin. Nada hay en ello de sobrenatural ni de divino. Todo es muy sencillo, muy natural, conforme con las leyes de la lógica.»

Aceptamos esta solución, cuyas consecuencias pondrán de manifiesto su admirable exactitud.

CAPÍTULO XXIV

Consecuencias

I

PRIMERA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural, muy lógico, que un Judío crucificado ayudado por doce pescadores sin instrucción, sin dinero, sin protección, sin crédito, haya persuadido, en pleno siglo de Augusto, al mundo entero, á derribar sus ídolos, á quemar

sus templos, á cambiar sus leyes, á purificar sus costumbres, y á hacerse adorar como Criador de todo y el único Dios del cielo y de la tierra, el mismo que había sido crucificado entre dos malvados, como el más criminal de los tres.

Todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender.

II

SEGUNDA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural, muy lógico, que por espacio de tres siglos, millones de hombres, de mujeres, de ricos, de pobres, de senadores, de príncipes, de generales, de cónsules; en Asia, en Africa, en Grecia, en Roma, en las Galias, en las Españas, en la Germania, en toda la extensión del globo, se hayan dejado desgarrar, triturar, quemar, ahogar, partir en pedazos, por tener el placer y el honor de adorar como único Dios del cielo y de la tierra á un Judío crucificado, que no es más que un Judío.

Todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender.

III

TERCERA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural y muy lógico, que al cabo de mil ochocientos años, y á pesar del trascurso del tiempo y del desarrollo de la ilustración, el mundo no haya salido de su vergonzosa idolatría; que, por el contrario, cientos de millones de hombres y mujeres de todos los países, amen y adoren al Judío crucificado, que no es más que Judío, hasta dejarse degollar por él, y sacrificarle por un acto voluntario su fortuna, su libertad, su familia, sus esperanzas, sus más caras afectaciones.

Todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender.

IV

CUARTA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural, muy lógico, que el mundo haya llegado á ser mucho más ilustrado, que lo que antes era, mucho más virtuoso, mucho más feliz, bajo todos conceptos, profesando el absurdo elevado á su más alta potencia, es decir, adorando como Criador del cielo y de la tierra á un Judío crucificado, que no es más que Judío.

Todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender.

V

QUINTA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural, muy lógico, que toda la porción del género humano que rehusa adorar como al único Dios del cielo y de la tierra á un Judío crucificado, que no es más que Judío, permanezca sumergida en la barbarie, en la esclavitud, en la corrupción, en un horrible abismo de miserias.

Todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender.

VI

SEXTA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural, muy lógico, que esta porción degradada del género humano salga de la barbarie, de la esclavitud, de la corrupción, y camine por las sendas de la libertad, de la civilización y del bienestar, tan luego como adora como al único Dios del cielo y de la tierra á un Judío crucificado, que no es más que un Judío.

Todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender.

VII

SÉPTIMA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural, muy lógico, que todas las naciones que dejan de adorar con fe y fervor como

al único Dios del cielo y de la tierra á un Judío crucificado, que no es más que un Judío, comienzen por perder su ilustración, su moralidad, su paz, y concluyan por caer, de revolución en revolución, en las angustias del mundo pagano, en la abyección del materialismo pagano, en las garras del despotismo pagano, de donde les había sacado la adoración del Judío crucificado.

Todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender.

VIII

OCTAVA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural, muy lógico, que un Judío crucificado, que no es más que un Judío, habiéndose lanzado de un salto desde el patíbulo en que acababa de espirar sobre los altares del mundo entero, se mantenga inmóvil en ellos, al cabo de mil ochocientos años, á pesar de todos los esfuerzos de la astucia, de las violencias de la fuerza, del desencadenamiento de las pasiones, unidas para derribarle, mientras yacen bajo de las ruínas veinte imperios, monarquías, repúblicas, sistemas, instituciones.

Todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender.

IX

NOVENA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural, muy lógico, que todos los pueblos del mundo, que esperaron del cielo durante cuatro mil años un Libertador, encargado de restablecer en la tierra el reino de la verdad, de la justicia y de la virtud, hayan reconocido por objeto de sus esperanzas á un Judío crucificado, que no es más que un Judío.

Que á partir desde este momento, hayan cesado de esperar otro libertador.

Que Dios, que no es nada, sino es la bondad, la verdad, el poder infinito, haya permitido sin

reclamación, sin oposición, que este Judío crucificado se haya apoderado en provecho propio de la fe y de la adoración del género humano.

Que este Judío, sin ser más que un Judío, haya verificado todas las obras de Dios, ilustrado, consolado, libertado, hecho á los hombres mejores y más felices; y todo esto sin ser Dios ni enviado por Dios, sino un insigne falsario, mil veces digno de la cruz en que fué enclavado.

Decís que todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender, que en todo esto no hay nada de sobrenatural, de divino, ni aun sombra de milagro.

Para participar de vuestro parecer, el cristiano sólo tiene que preguntarnos una cosa.

CAPÍTULO XXV

Una experiencia

I

Para probarnos como dos y dos son cuatro, que la conversión del mundo con todas sus consecuencias, verificada por un Judío crucificado, que no es más que un Judío, ayudado de doce pescadores, como todos los demás pescadores, es una cosa muy fácil, muy lógica, que de ninguna manera excede las fuerzas humanas y que no exige ningún milagro, rogamos á cualquier incrédulo de los de más renombre, Renan, por ejemplo, que nos dé una repetición de ello.

Jamás hubo empresa más digna de su gran corazón; su profunda compasión por el género humano, vilmente encorvado hace tantos siglos bajo el degradante yugo de la idolatría cristiana, no permite dudar que se prestará gustoso á la experiencia propuesta.

II

El orgulloso enemigo de la divinidad del Cristianismo baja á la calle una mañana con sus

dos famosos libros bajo del brazo y se dirige al arrabal de San Antonio. Se presenta á su vista el hijo de un carpintero que fuma un cigarro á la puerta del taller de su padre.

Renan le llama y le dice: «Yo soy Renan, miembro del Instituto. La ciencia me ha demostrado que el establecimiento del Cristianismo es obra puramente humana. Jesús no es Dios, no ha hecho milagros. Los Apóstoles eran unos ilusos. Víctimas de una alucinación, cosa muy frecuente en la Judea, se les ha figurado ver lo que no han visto y oír lo que no han oído. Estos libros míos te darán la prueba de ello.

«Hace dieciocho siglos que fuera de mí y algunos otros la humanidad está siendo víctima de una mistificación vergonzosa. Para convencerla de ello, he resuelto repetir el hecho cuyo héroe fué Jesús.»

III

«Te he elegido para realizar esta empresa: el resultado hará tu gloria y la mía. Poseído de este pensamiento, vas á desempeñar el papel de Jesús de Nazareth. Conoces este papel, y te hallas en las mejores condiciones para cumplirle. Eres carpintero é hijo de un carpintero, y para salir bien, no tienes necesidad de agentes sobrenaturales, ni de milagros. Manos á la obra, y serás inmortal.»

IV

Fiado en la palabra del sabio académico, el joven carpintero abandona el taller de su padre, baja por las riberas del Sena, y reúne en su redor doce pescadores de profesión. «Amigos míos, les dice, dejad vuestras barcas y vuestras redes. Seguidme, voy á haceros una comunicación importante.»

Los pescadores le siguen.

V

Sube con ellos al montecillo *Chaumont*, y retirándose á un lado, les hace sentar sobre el césped y les habla en estos términos: «Vosotros me conocéis, sabéis que soy carpintero de profesión, é hijo de un carpintero. Hace treinta años que trabajo en el taller de mi padre. En él me habéis visto muchas veces cuando ibais á buscarme para reparar vuestras barcas.»

VI

«Pues bien, estáis en un error. No soy lo que os figuráis. Tal como me veis, soy Dios. Yo he criado el cielo y la tierra. Estoy resuelto á hacerme reconocer por lo que soy y á que se me adore en todo el universo hasta el fin de los siglos. Quiero también asociaros á mi gloria.»

VII

«He aquí mi proyecto: Comienzo por recorrer durante algún tiempo los alrededores de París, predicando y pidiendo limosna. Los unos me oyen, los otros se burlan de mí y me rechazan. Soy acusado de muchos crímenes, y me arreglo de tal modo, que logro se me condene á morir en el patíbulo. Este será mi triunfo.»

VIII

«Tres días después de la ejecución resucito, y os digo: Id, enseñad á todas las naciones, bautizándolas en nombre del carpintero de París, haciéndolas creer todo lo que yo os he enseñado, y practicar todo lo que yo mando.»

IX

«París será el primer teatro de vuestra predicación. Recorred las calles, deteneos en las plazas, llamad á los transeúntes y decidles: «Oid la gran nueva. El joven carpintero del arrabal de San Antonio, que recorría los alrededores pre-

«dicando y mendigando, que ha sido condenado á muerte por los tribunales y ejecutado estos últimos días, no es un hombre, es el hijo de Dios, el criador del cielo y de la tierra.»

X

«Para tener la gloria y el placer de adorarle, debéis todos, sin excepción, hombres, mujeres y niños, ricos y pobres, comenzar por confesar que vosotros y vuestros padres, como todos los pueblos del mundo, habéis sido hasta ahora un rebaño de ignorantes, víctimas de los más groseros errores.

«Debéis además, arrepentidos de corazón, arrodillaros humildemente á nuestros pies, decirnos todos vuestros pecados, aun los más secretos, y cumplir cuantas penitencias nos parezca bien imponeros.»

XI

«Tendréis también el gusto de dejaros injuriar, burlar, insultar, sin decir una palabra; cerrar en prisión, sin oponer la menor resistencia: azotar hasta derramar sangre, dando muchas gracias por ello; en fin, cortar la cabeza en la plaza pública, y creer en el fondo del corazón, que es la mayor dicha que puede sucederos.

«He aquí, amigos míos, lo que repetiréis en todos los barrios de París. Desde aquí os extenderéis por las provincias; atravesaréis los Alpes, los Pirineos, el Océano, é iréis á predicar la misma doctrina hasta las extremidades del mundo.»

XII

«No debo disimularoslo. Todo el mundo se burlará de vosotros; las personas importantes dirán que estáis bebidos. Los chiquillos os seguirán en tropel, insultándoos y arrojándoos piedras. Todo esto producirá turbaciones en la ciudad. Os detendrán los agentes de policía, y se-

réis llevados ante la justicia; el procurador Imperial ó de la República os reprenderá severamente, y os prohibirá predicar mi doctrina.

«No le escucharéis, antes bien la predicaréis con más ardor. Os detendrán de nuevo, vosotros os dejaréis detener. Os azotarán otra vez; os dejaréis azotar. Os volverán á poner en prisión; os dejaréis prender. En fin, para haceros callar en París ó en otra parte, os cortarán la cabeza, y os la dejaréis cortar. Entonces todo irá bien.»

XIII

«Cuando tenga lugar esto, habremos logrado completamente nuestro objeto. Yo seré reconocido por el único Dios verdadero. Seré adorado, en primer lugar, en París, después en el departamento del Sena y en todos los demás. Desde París pasará el culto á Roma, á Londres, á Petersburgo, á Madrid, á Constantinopla y á Pekin. Bien pronto el taller de mi padre será una hermosa capilla, á la que concurrirán multitud de peregrinos de las cuatro partes del mundo, y sus ricos presentes serán el orgullo de mi ciudad natal.»

XIV

«En cuanto á vosotros, mis doce apóstoles, seréis doce santos, á quienes invocaré todo el universo. Colocarán vuestros huesos en altares de oro y de mármol; vuestras estatuas en nichos, y vuestros retratos, pintados sobre banderas, serán llevados en procesión, no solamente en París, sino en el mundo entero, hasta el fin de los siglos. De modo que alcanzaréis indudablemente la inmortalidad, sin contar el cielo que os prometo por toda la eternidad. ¡Qué dicha para vosotros! ¡Qué gloria para vuestras mujeres y para vuestros hijos!

«La conversión del mundo no ofrece dificultad alguna, y tal es mi proyecto. Es, como veis,

muy sencillo, muy lógico, en nada excede las fuerzas humanas, y no exige ni aun la sombra de un milagro.

«—Puedo contar con vosotros, ¿no es verdad?»

XV

¿Cómo sería acogido semejante discurso? No hay necesidad de decirlo. Oigo á nuestros bravos pescadores, irritados por la mistificación de que han sido objeto, reprochársela enérgicamente á su autor, de palabra, con los gestos y aun con las manos. Les veo volver á París, publicando por todas partes que el joven carpintero del arrabal de San Antonio ha perdido la cabeza.

Y nadie se admirará al saber que el nuevo Dios ha sido conducido en el mismo día al hospital de Charenton, en donde goza, en lugar de los honores divinos, el privilegio bien ganado de ocupar el segundo lugar entre los locos, perteneciendo el primero, sin disputa alguna, al inventor del proyecto.

CAPÍTULO XXVI

Una conclusión

I

Es indudable que la empresa del carpintero de París es el colmo de la locura; sin embargo, no es más insensata que la de Jesús de Nazareth, si éste no es más que un simple mortal nacido en un establo, educado en el taller de un artesano, obrando sin el socorro de manifiestos milagros.

II

Lo es todavía mucho menos. Un carpintero de París vale más que un carpintero de Nazareth. Un francés guillotinado es superior á un Judío crucificado. Doce pescadores del Sena pueden sostener perfectamente por su saber y su valor

la competencia con doce pescadores de los pequeños lagos de Galilea. Es incomparablemente menos difícil hacer adorar á un ciudadano francés en el siglo diecinueve, que hacer adorar á un Judío en el siglo de Augusto.

III

Así que, es el último grado del ridículo querer explicar el establecimiento del Cristianismo por causas puramente humanas. Sin embargo, no hay efecto sin causa. Haga lo que quiera el incrédulo, el Cristianismo es un hecho que se levanta ante él con toda su inmensidad. Y puesto que no hay causa alguna humana que pueda explicar su establecimiento, es indispensable, á menos de admitir un efecto sin causa, reconocer en ello una causa divina; Dios ha intervenido, ha habido milagro.

IV

Pero si Dios ha intervenido en su establecimiento, no pudiendo Dios ni engañarse ni engañarnos, el Cristianismo es verdadero, únicamente verdadero, completamente verdadero. A todos los dogmas que enseña, á todos los deberes que impone, hay que decir necesariamente: CREDO.

El Cristianismo dice: El hombre ha caído: CREDO.

El hombre ha sido rescatado: CREDO.

Ha sido rescatado por Jesucristo, Hijo de Dios, hecho hombre: CREDO.

El hombre tiene un alma inmortal: CREDO.

Hay un infierno eterno: CREDO.

Hay un cielo eterno: CREDO.

Hay una Iglesia infalible, encargada de enseñar la verdad: CREDO.

Esta Iglesia subsistirá hasta el fin del mundo: CREDO.

Esta Iglesia es la Iglesia católica, apostólica romana: CREDO.

El Cristianismo dice que el único medio de evitar el infierno y de merecer el cielo, es practicar lo que él me manda: CREDO.

Amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á mí mismo: CREDO.

Perdonar las injurias: CREDO.

Respetar los bienes ajenos: CREDO.

Vivir castamente: CREDO.

Humildemente: CREDO.

Mortificarse: CREDO.

Confesarse: CREDO.

Comulgar: CREDO.

VI

Siendo el Cristianismo verdadero, completamente verdadero, todos los sistemas contrarios al Cristianismo son falsos, todas las objeciones nulas, pues no pueden existir verdades contradictorias.

De manera, que ante el solo hecho del establecimiento del Cristianismo, todos los sistemas: Racionalismo, Panteísmo, Materialismo, Ateísmo, Naturalismo, Cesarismo, Sensualismo, Positivismo, Socialismo, Solidarismo, Espiritismo, que como la hidra de la fábula, ó la bestia del Apocalipsis, levantan su asquerosa cabeza contra el Cristianismo, son falsos, completamente falsos.

De manera que, todos los sofismas, todos los *si*, todos los *pero*, todos los *por qué*, contra el dogma, la moral y el culto del Cristianismo, se estrellan contra él, como la bala del árabe fugitivo contra la pirámide del desierto.

VII

Hemos logrado nuestro objeto. El cristiano del siglo diecinueve conoce el REFUGIO, el castillo fuerte, la inexpugnable ciudadela, desde donde puede desafiar los ataques de sus enemi-

gos, lo mismo que las tormentas y los peligros de los tiempos actuales.

Aquí podríamos dar por terminada nuestra tarea. Queremos no obstante continuarla. Nos parece útil poner de manifiesto todo el poder, no solamente *defensivo*, sino también *ofensivo*, de esta palabra maravillosa: CREDO.

CAPÍTULO XXVII

Un arma ofensiva

I

La primera é inmensa ventaja del hecho sobre que se funda el CREDO del cristiano, el establecimiento del Cristianismo, es aniquilar de un solo golpe todas las objeciones. Otra, no menos importante, es convertirlas en pruebas y pruebas triunfantes.

De escudo y refugio, el CREDO se convierte en *revólver* y *cañón rayado*. De arma defensiva, se convierte en ofensiva de un poder y precisión admirables. Vamos á demostrarlo. Ya que durante tanto tiempo de todo se ha valido el impío contra la Religión, séanos permitido usar de represalias y volver contra él sus propias armas. Bastantes veces ha convertido el incrédulo al cristiano en idiota; ¿llevará á mal que el cristiano le transforme en apologista?

II

Para los librepensadores, sean panteístas, materialistas, socialistas, solidaristas, racionalistas, espiritistas, el Cristianismo no es siquiera un sistema razonable. Descubren en él una multitud de cosas que no resisten á la crítica, ó que pugnan con el buen sentido. Las objeciones contra el dogma, atacan la divinidad y hasta la existencia de Nuestro Señor Jesucristo. Para unos, Jesús de Nazareth es un hombre como

cualquier otro. Para los otros, es simplemente un mito inventado con el objeto de personificar un sistema, como los héroes y semidioses de la mitología.

III

Los doce Apóstoles son los doce signos del zodiaco; ó si han existido de hecho, son unos fanáticos é ilusos, que han afirmado ver lo que no habían visto, oír lo que no habían oído, tocar lo que no habían tocado.

Los misterios del Cristianismo forman en su conjunto un tejido de contradicciones, de imposibles, de absurdos, de desvaríos, á los que basta el menor grado de ciencia para hacer pronta y severa justicia.

IV

En cuanto á la moral, sostienen que es un farrago de leyes y prácticas anticuadas, inútiles, arbitrarias y supersticiosas las unas y las otras, imposibles de guardar, contrarias á las más imperiosas inclinaciones de la naturaleza y á los imprescriptibles derechos de la libertad humana. De donde concluyen, que un Dios infinitamente justo y sabio no puede ser su autor.

Así que, según la última palabra de los incrédulos sobre el Cristianismo, éste es absurdo de una parte, imposible ó inútil de la otra; de modo que al abrazarle el género humano, fué víctima de una alucinación.

V

Apoyado en el hecho del establecimiento del Cristianismo, el CREDO convierte en victoriosa prueba este doble ataque. Hemos podido ver por lo que precede, que aun aceptado el Cristianismo como un sistema razonable, es imposible explicar su establecimiento por medios humanos. A menos de admitir un efecto sin causa, es de toda necesidad acudir al milagro.

VI

Dicen los incrédulos, y se esfuerzan en persuadirlo al mundo entero, que el Cristianismo no es siquiera un sistema razonable; que sus dogmas son falsos, increíbles y absurdos en muchos puntos. ¿Qué es esto, sino aumentar inmensamente la dificultad, ya muy grande de suyo, de hacerle aceptar y demostrar con nueva fuerza la existencia, la necesidad, el número y la evidencia de los milagros que le han persuadido al universo?

VII

Cuanto más fuertes y numerosas sean las objeciones de los incrédulos, mayor es la dificultad de la empresa. Por consiguiente, más evidente es el milagro, y obliga más á confesar la realidad y el poder de la intervención divina, que ha sujetado al yugo de la fe cristiana las más orgullosas inteligencias; la razón misma del género humano.

VIII

Sin apercibirse de ello, el incrédulo se transforma en apologista, y viene á ser un verdadero Padre de la Iglesia. De buena ó de mala gana, se ve obligado á usar este lenguaje: «Mis objeciones contra los dogmas cristianos no son nuevas. Todas y otras muchas más se han hecho desde el origen del Cristianismo por los herejes, por los filósofos paganos, por incrédulos no menos hábiles que yo.

«No hay un dogma de la fe cristiana que no haya sido cien veces atacado por la razón, por la ciencia, por la historia, por todo género de objeciones, y esto con un ingenio que nada puede exceder. No hay un misterio que no haya sido desfigurado, desnaturalizado, representado en el teatro y entregado á las risas del mundo que oía hablar de él por primera vez.»

IX

«Si á pesar de mi educación en un país cristiano, á pesar del ejemplo de tantos grandes hombres y de tantos grandes pueblos que han creído; de tantas personas tan ilustradas como yo, que continúan creyendo; si á pesar de una posesión pública de dieciocho siglos, me parecen tan contrarios á la razón los dogmas del Cristianismo, que no puedo creerles, ¿qué debieron parecer al mundo pagano sino un escándalo, capaz de hacer sucumbir los espíritus más firmes; una locura á propósito únicamente para provocar la risa, el sarcasmo y el desdén?»

«Cuanto más siento la fuerza de las objeciones, cuanto más resaltan ante mis ojos este escándalo y esta locura, mejor comprendo la imposibilidad absoluta en que se halla el mundo pagano para creer en el Cristianismo.»

X

«Sin embargo, estos dogmas cristianos que aparecen ante mí como un sistema incoherente, incapaz de sostenerse ante mi crítica; como una mezcla ridícula de fábulas y contradicciones; como una montaña de absurdos é imposibles, han sido creídos por el Universo.

«Han sido creídos bajo la palabra de doce ignorantes.

«Han sido creídos en pleno siglo de Augusto, es decir, en el siglo por excelencia de las luces, de la filosofía, de la elocuencia y de las artes.

«Han sido creídos á pesar de la oposición, cien veces renovada, de librepensadores contemporáneos, cuyos libros y pluma repetían lo mismo enteramente que yo me digo á mí mismo. Los dogmas del Cristianismo son un tejido de concepciones imaginarias, un torpe plagio de viejas tradiciones orientales y de algunas fórmulas filosóficas.

XI

«Han sido creídos, á pesar de los señores del mundo armados para proscribirlos; á pesar de Nerón, Domiciano, Diocleciano, Galerio; á pesar de los leones, de los tigres, de las hogueras, de los peines de fuego, empleados para impedir que se creyese en ellos.

«Han sido creídos en todos los puntos del globo, en Atenas, en Roma, en Oriente, en Occidente.

«Y á mi pesar, y de otros como yo, son todavía creídos.»

XII

¿Qué medios hay de explicar este hecho inexorable?

Dos solamente: la LOCURA ó el MILAGRO.

«El milagro, que yo no admito; pues si le admitiera, sería católico.

«La locura; pero ¿quién es el que está tocado de ella? ¿Estoy seguro de no ser yo? ¿Estoy seguro de tener yo solo razón contra todo el mundo, y de ser solamente el sabio y el ilustrado entre los mortales?»

XIII

«¿Puedo tener una confianza razonable en objeciones que nada tienen de sólido á los ojos del resto de los hombres, y que quizá me parecerían ilusorias también á mí si el corazón no extravía mi razón?»

«Me tengo por sabio: y el mundo entero, por el órgano de sus grandes hombres y de sus grandes pueblos, me dice que soy un necio, víctima de un vano error.

«¿No dirá el mundo la verdad?»

XIV

Hacerme apologista á pesar mío, tal es el resultado de mis objeciones contra los dogmas del Cristianismo. Las he dispuesto tan bien, que to-

das se han convertido en pruebas concluyentes; de suerte que me encuentro encerrado en un círculo de hierro, del que únicamente puedo escaparme por dos salidas.

LOCURA ó MILAGRO.

LOCO ó CATOLICO.

«No hay medio.»

CAPÍTULO XXVIII

Continuación del anterior

I

Lo mismo que las objeciones contra los dogmas del Cristianismo, producen los ataques contra su moral el inesperado efecto de confirmar el CREDO del cristiano. Todas las reclamaciones del orgullo, todas las quejas de las pasiones, todas las rebeliones de la naturaleza contra los preceptos del Evangelio, tienden á demostrar que estos preceptos son inútiles, impracticables, anticuados, contrarios á la libertad del hombre, y que pueden observarse ó no sin consecuencias.

¿Qué resulta de aquí?—otra prueba palpable de la existencia, de la necesidad, de la multitud y de la evidencia de los milagros, que han obligado al mundo á inclinar su cabeza bajo el yugo de la moral cristiana. Cuanto más fuertes, cuanto más numerosas son las objeciones, tanto más hacen aumentar la dificultad de la empresa; y por consiguiente, tanto más hacen brillar la fuerza victoriosa de los milagros que han triunfado de las resistencias del universo.

II

Aquí el librepensador, Renan, Proudhon, Straus, sea cualquiera su ciencia, su edad ó su nombre, se encuentra de nuevo transformado en el fuero de su conciencia en apologista involuntario.

Está condenado á decir: «La moral del Cris-

tianismo era hace dieciocho siglos, lo que es en la actualidad. Esta moral me parece en muchos puntos inútil, anticuada, impracticable, contraria á mi razón y á mi libertad. Siento esta imposibilidad, proclamo esta libertad de elegir los preceptos que me convienen y dejar los que no me convienen.

III

«Esto lo siento y lo proclamo yo, nacido en el seno del Cristianismo, habituado desde la infancia á considerar la ley evangélica como una ley divina y obligatoria en todas sus partes; acostumbrado en las rodillas de mi madre al yugo que impone: yo, que he crecido en una atmósfera cristiana y que vivo rodeado de ejemplos, cuya voz incesante me predica la necesidad absoluta de la moral del Cristianismo y la posibilidad de practicarla.

«Si á pesar de todo esto me parece imposible, inútil, ¿cuánto más no debió parecerle al mundo pagano, sepultado en los placeres de los sentidos, cuando le fué anunciada por primera vez? ¿Cómo, pues, tantos jóvenes, de carne y hueso como yo, tan débiles, tan ricos, tan instruídos, tan apasionados, quizá más que yo; cómo tantos hombres de toda edad, rango, condición, país, tan hábiles, tan sabios, quizá más que yo, han podido aceptar como verdadera, como obligatoria, como posible, esta misma moral que yo declaro falsa, imposible?»

IV

«¿Cómo se han sometido á ella con tanta docilidad? ¿Cómo han observado todas sus prescripciones con una perfección constante, cuando para verificarlo era necesario, no solamente encadenar las pasiones, alimentadas desde la cuna por hábitos contrarios, fortalecidas con el ejemplo universal, consagradas por la religión, cam-

biar radicalmente sus ideas, sus gustos, su vida entera; romper, por consiguiente, cadenas en cuya comparación son las mías guirnaldas de flores; sino todavía más, consentir en ser renegado por sus parientes, despojado de sus bienes, abrumado de sarcasmos, azotado hasta derramar sangre, marcado con un hierro candente, enviado á las galeras, esperando por último estímulo el delicioso placer de ser asado vivo ó destrozado entre los dientes de un león de Africa ó de un oso de la Germania, en medio de los aplausos de todo un pueblo?»

▼

«¿Qué medios hay de explicar este nuevo hecho, no menos inexplicable que el primero?

«Dos solamente: el DELIRIO ó el MILAGRO.

«La FE ó la LOCURA.

«No hay otro medio.»

VI

«Tal es el resultado de las objeciones de mi espíritu y de las rebeliones de mi corazón contra la moral del Cristianismo. Grado por grado, he venido á demostrar mejor que todos los apologistas, la necesidad imperiosa y la incertidumbre inquebrantable de los milagros, cuya evidencia ha podido solamente vencer en todo el género humano la oposición más formidable que puede concebirse: el orgullo de los sentidos, la debilidad del corazón y la violencia de las pasiones, coligadas contra la moral evangélica.»

VII

«Esta demostración tiene además la propiedad de aumentar en fuerza, en razón directa de mis dificultades. Cuanto más vivas son mis pasiones, más indomables mis sentidos, más inveterados mis hábitos, más pesadas mis cadenas, mejor comprendo la necesidad y la irresistible fuerza

de los milagros, que han triunfado de todas estas cosas en el siglo de Augusto, habiéndole hecho aceptar y practicar al precio de su sangre una moral, cuya imposibilidad nadie conoce mejor que yo.»

VIII

«¿Qué es lo que me queda?

«¿Pretender que la creencia del género humano en el Cristianismo es efecto de una alucinación?

«Pero se me podrá responder con razón: si el género humano está alucinado, ¿quién te dice que tú no lo estás también?

«Si todos los hombres son locos, prueba que tú solo eres el cuerdo.

«¿Qué me resta, pues? A menos de cerrar los ojos para no ver, y de condenarme á una inconsecuencia perpetua, que sería el gusano roedor de mi conciencia, la vergüenza de mi vida y el tormento de mi muerte, no me queda más camino que volver á la fe de mi bautismo, y profesar, más con mi conducta que con mi boca, el inexpugnable CREDO del mundo católico.

«Este es el solo partido razonable:

«CREDO.»

CAPÍTULO XXIX

Resumen general

I

Impresionados ante los inmensos peligros que amenazan en la actualidad la fe de muchas almas, hemos querido procurarlas un refugio seguro.

Este refugio se halla en esta palabra: CREDO.

Fundada sobre un milagro, el más evidente de todos y subsistente, esta palabra bien comprendida es para el cristiano un medio invencible de defensa y un principio eterno de victoria: *Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.*

¿Qué milagro es éste?

La conversión del mundo resumida en este hecho:

EL MUNDO ADORA Á UN JUDÍO CRUCIFICADO.

II

Este hecho da lugar al razonamiento siguiente: Este Judío crucificado ó es Dios ó no lo es.

Si es Dios, todo se explica. El mundo adora al Judío crucificado, Jesús de Nazareth, porque milagros de evidencia irresistible, obrados por El y sus discípulos, han probado su divinidad y forzado la fe del género humano. Siendo el Cristianismo la obra de Dios, es verdadero, completamente verdadero, eternamente verdadero; y nada hay mejor fundado que el CREDO del cristiano.

Si el Judío crucificado, Jesús de Nazareth, que hace mil ochocientos años está sobre los altares del género humano, no es Dios, el mundo entero, el mundo civilizado, ha sido víctima de una inmensa, de una incurable alucinación; puesto que sobre la simple palabra de doce ignorantes, de doce falsarios, de doce fanáticos, que le han dicho haber visto lo que no han visto, haber oído lo que no han oído, contra todas las luces de su razón, y á pesar de las inclinaciones de su corazón, ha adorado y adora como al Criador del cielo y de la tierra á un Judío crucificado que dice que es Dios, no siéndolo.

III

La primera conclusión de este razonamiento es que el CREDO del cristiano, basado sobre el hecho del establecimiento del Cristianismo, con milagros ó sin milagros, permanece un refugio inexpugnable.

La segunda, que encierra al incrédulo en un círculo de hierro del cual no puede escaparse sino por una de estas dos salidas:

La FE en su más elevada potencia.
Ó la LOCURA hasta los últimos límites.

IV

Vengan ahora los poderes de las tinieblas con sus horas nefastas; los tiempos malvados divinamente anunciados con sus peligros de todo género; el enflaquecimiento de la fe, la decadencia de las costumbres, el aumento de los crímenes, la enormidad de los escándalos.

Los herejes con su actividad febril de mentirosa propaganda, con su oro corruptor y sus calumnias contra el Catolicismo;

Los racionalistas con sus blasfemias y sofismas diariamente renovados;

Los solidarios con su odio de la verdad llevado hasta el furor;

Los incrédulos de cualquier clase con su soberbio desdén y su risa satánica;

Los revolucionarios con sus proyectos anárquicos hábilmente elaborados en los tenebrosos antros de las sociedades secretas;

Los espiritistas con sus oráculos, su prestidigitación y sus pretensiones altamente confesadas de substituir el culto de los demonios al culto del verdadero Dios.

V

Que los gobiernos heridos de demencia se liguén contra el Cristianismo y contra la Iglesia; que substituyan el derecho de la fuerza á la fuerza del derecho y hagan propia de los hombres la moral de los lobos;

Que las naciones tocadas del *militarium tremens* se organicen en campamentos armados, y que en la previsión de hecatombes humanas desconocidas en la historia, pongan toda su solicitud en encontrar un arma capaz de matar cien hombres en un minuto;

Que el mundo bautizado, que todo lo debe al Cristianismo, se constituya en insurrección permanente contra Nuestro Señor Jesucristo; que dirija contra su Vicario las armas de sus soldados y las astucias de su diplomacia; que le despoje de sus bienes, le niegue sus derechos y le colme de ultrajes;

Que el Papado temporal se derrumbe y con él la clave del edificio social;

Que el Sumo Pontífice, arrojado de su morada por sus propios hijos, se vea obligado á emprender el camino del destierro;

Que se manifiesten gérmes de cisma dando lugar á lamentables defecciones;

Que, en fin, bajo uno ú otro nombre: Solidarismo, Masonismo, Socialismo, la Revolución triunfante, desencadene todas las malas pasiones, derrumbe los tronos, disloque los imperios, anegue en sangre la civilización cristiana, y atraiga sobre la tierra culpable catástrofes justamente merecidas.

El Cristianismo no vacilará por eso.

VI

Fuerte en su CREDO, aunque sea niño, tierna doncella, pobre criada, pequeña obrera, obscuro trabajador, dejará pasar tranquilo y confiado la justicia de Dios.

El sabe y sabrá siempre:

Que todas estas tempestades han sido predichas;

Que no caerá un solo cabello de su cabeza sin la permisión de su Padre celestial;

Que todo lo que sucede se vuelve en bien de los elegidos;

Que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia, y que sus enemigos se pudrirán bien pronto en la tumba que habían abierto para ella.

VII

EL MUNDO ADORA Á UN JUDÍO CRUCIFICADO.

Al abrigo de este hecho, base indestructible de su CREDO, esperará á pie firme el cristiano, sea quien sea, á los enemigos de su Dios y de su fe. En lugar de turbarse con sus sofismas, en lugar de intentar rechazarles con razonamientos, les transformará en pruebas victoriosas y hará lo que hacen los hijos del siglo cuando asisten á los espectáculos; se contentará con ver, oír y aplaudir.

VIII

Después que se hayan cansado de disputar, de negar, de razonar, ó más bien de desrazonar, les dirá: «Creyendo trabajar en vuestra obra, lo habéis hecho en la mía. Multiplicad vuestras objeciones, vuestros sarcasmos. Minad todos los fundamentos del Cristianismo; negad las profecías; negad los milagros; negad á Jesucristo; transformad mi Religión en un tejido de desvaríos, de imposibilidades, de inutilidades; cuanto más absurdos os parezcan sus dogmas, y más impracticable su moral; cuantos más ilusos, débiles, ignorantes y despreciables sean los Apóstoles; cuanto más ingenio, saber, elocuencia y crédito tengan los sofistas, mi fe será más viva, más palpable vuestra locura.

Habréis demostrado mejor que la adoración de un Judío crucificado por todas las naciones civilizadas del globo, es un hecho evidentemente inexplicable por las fuerzas humanas; y en consecuencia, evidentemente divino: *Incredibile, ergo divinum.*